

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

ARZOBISPADO DE TOLEDO.

NOTICIAS RELIGIOSAS.

Segun escriben de Roma, para últimos del mes de octubre, piensa Su Santidad declarar como dogma de fé la Concepcion Inmaculada de la Santísima Virgen. Se dice que con este motivo convocará Su Santidad para un Concilio á los Obispos de toda la cristiandad.

El cólera, que ha tomado un carácter demasiado grave en la mayor parte de las ciudades de Italia, se ha presentado con bastante benignidad en la Ciudad Santa, segun carta del 8 que tenemos á la vista. En el hospital del Espíritu Santo se presentaron algunos casos en los últimos dias del mes anterior, despues acá son muy contados los casos que se han presentado en el resto de la poblacion: cuéntanse entre los atacados monseñor Berardi, sustituto de la secretaría de Estado, y el Conde de Spaur, embajador de Baviera, sugeto muy adicto á Pio IX y que tan grande parte tuvo en la salida de Su Santidad en los aciagos dias del mes de noviembre de 1849. Desde el 1.º del corriente está prescripta por un edicto del Cardenal Vicario la colecta *In tempore mortalitatis*.

—Los periódicos religiosos de Francia vienen llenos de curiosas relaciones de las procesiones y novenas que en todas partes se practican con numeroso y edificante concurso, para alcanzar de la divina misericordia el remedio contra el azote del cólera morbo.

Por el gobierno eclesiástico de Barcelona se ha publicado lo siguiente:

«Obispado de Barcelona.—Circular. —Carísimos compañeros: Dios Nuestro Señor, inescrutable, justo y misericordioso, ha permitido que una enfermedad temida nos visite. Los sacerdotes católicos, que no temblamos al oír el aterrador nombre de la muerte, podemos hablar sin reserva.

»Cuando nuestros hermanos palidecen á su vista, cuando ha salido ya la ira del Señor y la mortandad encruelece, ¿á quién sino al sacerdote toca tomar el incensario, y ponerse entre los vivos y los muertos, intercediendo por el pueblo para que cese la mortandad? ¿A quién sino á nosotros toca llevar al enfermo el consuelo, el socorro al pobre, la reconciliacion al pecador, la exhor-

tacion al moribundo, la verdad y el amor á todos? Todos son nuestros hermanos, y ¿quién sabe si desde el lecho de la muerte haremos volar al cielo un alma que endureció el orgullo, extravió la vanidad, y perderia tal vez la desesperacion? Todos los sabéis, es un deber nuestro; mas todavía el esponer nuestra vida por la salud de nuestros hermanos, es el mas precioso de nuestros derechos, es el rasgo mas sublime de la caridad, es la flor mas hermosa que brotó en Getsemaní; y si á esto se añade el sacrificio muriendo, es la imitacion mas perfecta de Jesucristo.

»No es creible que uno de nosotros abandone sus deberes en tan críticos momentos: antes al contrario, si por otras causas que permitió la Divina Providencia hubiese alguno dejado esta capital, no dudo que, á la noticia de esta nueva calamidad, se presentará sin demora para llenar el número de nuestros hermanos. Si el mundo nos aborrece y persigue, ¿tendremos nosotros razon para no amarle? ¿Puede sucedernos algo que no nos haya prevenido nuestro divino Maestro? Trabajemos con corazon esforzado; probemos por milésima vez al mundo, que el valor del sacerdote evangélico es de un temple divino, invencible ante la calumnia, ante la persecucion y la muerte. No busquemos la recompensa del hombre, que no puede darnos sino tierra; Dios mismo será nuestra recompensa: y, cuando agotado nuestro cuerpo por el peso del día y del calor cayere exánime sobre la arena como el de otro Francisco Javier, será sepultado en la paz de los Santos, y

nuestro nombre vivirá eternamente.— Barcelona 10 de agosto de 1854.— Doctor Ramon de Ezenarro, G. E.—A los RR. eclesiásticos de esta capital.»

Informe leído á la asamblea general de peregrinaciones á Tierra-Santa, presidida por el eminentísimo Cardenal de Bonald, Arzobispo de Lyon.

(Conclusion.)

El hospicio donde se alojan los peregrinos tiene unas veinte celdas, con camas suficientes para cuarenta personas. Nosotros nos hallamos bien allí. Aquella misma noche pudimos ir á ponernos á los pies del señor Patriarca, que nos acogió con una bondad de la que ya nos habia dado pruebas, y de la que no dejó de prodigarnos muestras durante nuestra residencia en Jerusalem. Ansiábamos vernos en el día siguiente para empezar nuestra visita de los Santos Lugares, y sobre todo, para venerar la tumba divina. Llegada la mañana pudimos, en fin, satisfacer nuestra piedad: se nos abrió la iglesia del Santo sepulcro. Pero no espereis, señores, que os refiera lo que entonces vimos y lo que pasó en nuestros corazones.

Entre nosotros hay quienes podrán decirnos de qué alegría y qué dolor al mismo tiempo sintieron penetrada su alma: preguntadles, y acaso no puedan algunos responderos sino con lágrimas. Todos los días volvíamos á besar la piedra de la uncion, á prosternarnos y quedar recogidos ante la tumba santa, y á orar al pié del altar que cubre el sitio donde se enarbóla la Cruz. Vosotros penetrareis lo que sentiríamos. Los PP. de Tierra Santa hacen cada día una procesion, la cual va deteniéndose en todos los santuarios que encierra la igle-

sia del Santo Sepulcro: todos nosotros los acompañamos. Entonces se dá á cada peregrino una vela que se le deja, en memoria de los lugares santos, á la manera que, en los primeros siglos de la Iglesia, se permitía á los fervientes cristianos que visitaban las catacumbas de Roma llevarse algunas gotas del aceite de aquellas lámparas que ardian junto á los cuerpos de los santos mártires. Despues de la iglesia del Santo sepulcro visitamos, en el interior de la ciudad y en las cercañas, todos los sitios que la vida, los milagros y pasion de Nuestro Señor han hecho memorables. ¡Por todas partes tiernas y profundas emociones!

Toda la ciudad está llena de tristeza; las ruinas están amontonadas sobre ruinas; todos los siglos y todos los pueblos han marcado allí su huella. Apenas se pueden hallar todavía algunos restos de los monumentos de su antiguo esplendor. A Jerusalem es á quien se pueden aplicar con toda propiedad estas enérgicas palabras del Rey profeta: *Induit maledictionem sicut vestimentum.*

Para distraernos de estas severas y algunas veces penosas impresiones, nos habia preparado otras mas dulces la benevolencia del Sr. Patriarca. Al dia siguiente de nuestra llegada fuimos convidados á presenciar la distribucion de premios á los alumnos del Seminario. Las disertaciones en diversas lenguas, que la precedieron, y que muchos de nosotros pudieron comprender, nos dejaron consoladoras esperanzas sobre el porvenir de las misiones de Palestina. En un discurso en italiano hizo uno de los jóvenes alumnos un juicio bastante exacto de las principales obras filosóficas de nuestro tiempo, y oimos con mucho gusto apreciar debidamente las obras de nuestro compatriota M. Nicolás. Otro dia, una reunion de la conferencia de San Vicente de Paul nos proporcionó la ocasion de conocer á todos sus miembros y oír un interesante informe de su

presidente, que nos reveló bastantes miserias, al mismo tiempo que admirables esfuerzos para remedarlas. Monseñor se dignó recibirnos á todos en su casa, durante dos noches. Allí oimos buena música italiana y tonadas del pais; nuestra cancion popular del *Mambrú*, repetida por jóvenes árabes, no fué lo que nos divirtió menos. Un profesor del Seminario celebró en versos franceses la llegada de los peregrinos.

Jerusalen era nuestro cuartel general. Salíamos de él para hacer espediciones de algunos dias en las inmediaciones. Primero nos dirigimos hácia San Juan del Desierto, pasando por el antiguo convento de Santa Cruz. Desde allí debíamos ir á Belen, despues de visitar, haciendo un pequeño rodeo, la fuente de San Felipe. El convento de franciscanos de San Juan es muy bello, tiene el aspecto de una fortaleza, y contiene una hermosa iglesia, edificada en el sitio que ocupó en otro tiempo la casa de Santa Isabel. A corta distancia se halla una fuente, y un poco mas lejos las ruinas de una iglesia. En este lugar es donde la tradicion coloca la escena de la Visitacion. Santa Isabel tenia allí una viña, donde habia ido cuando la Virgen vino á visitarla. En una gruta que está debajo de la iglesia oimos misa, y recitamos el *Magnificat* en aquellos lugares en que la Virgen hizo resonar este admirable cántico. La gruta donde San Juan se retiraba para entregarse al ayuno y la oracion está una hora de allí, en la pendiente de un valle. En la montaña de enfrente está el sepulcro de los Macabeos. Todas estas correrias no nos impidieron llegar aquella noche á Belen, al que aspirábamos como á un lugar de solaz y delicias. Allí no debíamos encontrar ya los severos y tristes recuerdos de Jerusalem, sino algo de atractivo y de suave. El misterio de la Natividad está rodeado de las mas graciosas imágenes. Apenas bajamos á la gruta donde

se verificó, cuando pudimos figurarnos al divino Niño en el pesebre; San José y la Virgen ante él, en adoracion; despues los pastores y los reyes Magos. El *Gloria in excelsis Deo* resonaba en nuestros corazones.

Belen, con su poblacion católica y numerosa, tiene un aspecto mas animado que Jerusalem; la llanura de las inmediaciones se halla cultivada y llena de hermosos olivares. El valle donde se colocan los jardines de Salomon, y cerca del cual se hallan las vastas piscinas que aun llevan el nombre de este rey, es hoy mismo de una fertilidad asombrosa. Un dia entero pasado en Belen apenas nos bastó para visitar los alrededores. Despues volvimos á Jerusalem, pasando por San Sabas, magnífico monasterio griego, situado en una garganta profunda y espantosamente árida. En este tránsito alcanzamos á descubrir el mar Muerto y las montañas de la Arabia. En el camino desde San Sabas á Jerusalem tuvimos el espectáculo de una tribu árabe reunida bajo sus tiendas. Nuestro paso no escitó en ellos mas que curiosidad. Algunas jóvenes salieron del campamento á ofrecernos leche y agua fresca en cambio de algunas piastras. Entramos en la ciudad santa pasando cerca del pozo de Nehemías, y dejando á nuestra izquierda, sobre una altura, la heredad del alfarero que fué comprada con los treinta dineros devueltos por Judas á los sacerdotes.

Desde el dia siguiente á nuestra vuelta recomenzaron las escursiones dentro y fuera de Jerusalem. Primero íbamos todos juntos á fin de tomar un conocimiento general de los monumentos mas interesantes: despues volvia cada uno, solo ó con un intérprete, á los puntos que deseaba conocer mas particularmente. No puedo sino citar lo que mas nos llamó la atencion en estas escursiones. Fuera de las murallas, el valle de Josafat, con la seca madre del torrente Cedron; á sus

orillas los sepulcros de los profetas y el de Absalon, contra el cual los habitantes del pais tienen costumbre de arrojar una piedra, al paso, para demostrar que abominan la rebelion de este príncipe contra su padre. Al otro lado del torrente, remontando su curso, nos enseñaron la cueva de Jeremías, la iglesia del sepulcro de la Virgen, que aun se halla enteramente en poder de los griegos, á pesar de concesiones recientes. Un poco mas lejos vimos la gruta de la agonía, y pegando á ella entramos por una puerta muy baja en el huerto de los Olivos. Estos árboles seculares se hallaban cargados de fruto, y se nos permitió coger las aceitunas caidas. Esto fué para nosotros una grande alegría, y las llevamos como reliquias. La montaña de la Ascension se alza al otro lado del valle de Josafat. En la cumbre hay una pequeña mezquita, en la que se entra dando la guarda turco algunas monedas. La huella de un pié, señalada en una piedra, se encuentra allí, para marcar el sitio desed el que Jesucristo se elevó al cielo. Una de nuestras escursiones mas interesantes fué la que hicimos á los sepulcros de los reyes y de los jueces del pueblo hebreo.

Nuestros paseos en el interior de la ciudad nos trasportaban siempre á las escenas de la Pasion. ¡Cuántas veces seguimos la *Via dolorosa*, recordando todos los padecimientos del Salvador y todas las humillaciones que consintió en sufrir por nosotros! Cuando llegaba la noche volvíamos á *Casa-Nova* para tomar notas ó escribir á Francia. Algunos salian por la noche para hacer visitas en el interior de la ciudad. Entonces era preciso llevar delante un hombre con una pequeña linterna de papel, á fin de evitar cuestiones con la policia, y mas aun para no tener que habérselas con todos los perros del mercado y de las calles, que, tranquilos durante el dia, se hacen por la noche demasiado fasti-

diosos. Dos de estos animales se hallaban constantemente á la puerta de nuestro convento; pero uno de los criados nos habia desvanecido el miedo que pudieran inspirarnos, diciéndonos en broma:

Questi sono cattolici. (Estos son católicos.)

Teníamos que hacer un viaje al mar Muerto y al Jordan. La marcha se fijó para el 16 de setiembre, á las cuatro de la tarde. Aquel dia no debíamos ir mas que hasta la fuente de los Apóstoles, á unas dos horas de Jerusalem. Este camino es de los mas agradables; se sale por la puerta de S. Esteban, y despues de atravesar el valle de Josafat se llega en tres cuartos de hora á Bethania, donde vivian aquellas dos hermanas que Jesus amaba tanto. El sepulcro de su hermano Lázaro está allí todavía para atestiguar el afecto que el divino Salvador les tenia. Bajamos al sepulcro, y, con el Evangelio en la mano, comprendimos toda aquella escena de la resurreccion tan admirablemente descrita. Esta visita nos ocupó bastante tiempo, y ya se aproximaba la noche cuando divisamos, desde lo alto de la montaña y en lo mas profundo del valle, algunas tiendas agrupadas junto á las ruinas de una antigua caravansera (1): allí habíamos de pasar la noche. Este era nuestro primer campamento. Copiaré la descripcion de él hecha por uno de nuestros compañeros, Mr. Bonjour (de Lyon).

«Ocho tiendas están preparadas, y en una de ellas una mesa de cuarenta cubiertos, con todas las pequeñas superfluidades de Europa: sillas, vino, cuchillos, tenedores, hasta la servilleta y la X para cada comensal; á pocos pasos de allí nuestros quince camellos, arrojados sobre sus patas fuertes y callosas, completan un conjunto de los mas pintorescos, sobre todo cuando se divisan al otro lado del arroyo cincuenta

(1) Especie de venta ó posada turca.

caballos atados á la estaca, animando el paisaje con la variedad de sus diferentes colores.

«Nuestros dibujantes se apresuran á situarse sobre todas las puntas de los peñascos que nos rodean para sacar croquis, saliendo algunos muy bien. El tiempo era lo único que fallaba; y el sol, que en Oriente apenas deja intermedio entre una viva luz y una oscuridad completa, habia abandonado á nuestros artistas, cuando una brillante luna vino á consolarnos y á dar al delicioso paisaje nuevas y mas graciosas tintas.

«Nuestros cazadores corren por los riscos tras de algunas perdices rojas; los dibujantes acaban á retazos su obra, y, ayudando el apetito, encontramos excelente nuestra primera comida bajo la tienda. Antes de tomar posesion de nuestros lechos se colocan centinelas con la consigna de observar los movimientos de los árabes, particularmente de los que se han encargado de asegurarnos de ladrones.

«Los centinelas de la primera hora eran dos nobles jóvenes, cuyos antepasados guerrearon en otro tiempo bajo el estandarte de la Cruz. La situacion no dejaba de tener cierta poesía. De repente oimos una voz que cantaba estos versos, populares al principio del siglo actual, cuando toda la juventud de Francia acampaba en suelos estranjeros:

» El astro de la noche, sosegado,
» ilumina las tiendas de la Francia;
» y, no lejos de allí, un jóven soldado
» canta, apoyado en su nudosa lanza.

Volad, céfiros alegres,

» Llevad mi voz á mi patria, etc...

» La oportunidad es aplaudida con entusiasmo, y la caravana, que aun no habia sentido la fatiga de prolongadas marchas, no se incomoda por este pequeño incidente, que ha interrumpido su sueño.» (Notas de un peregrino de Lyon á Jerusalem en 1853).

La salida del campamento tuvo lugar á las dos de la mañana. Nuestra excursion al mar Muerto fué penosa. Una hora que pasamos en sus orillas nos espuso al fuego de un sol abrasador, cuyos rayos nada detenia. Sin embargo, algunos de nosotros quisieron bañarse en aquellas aguas, cargadas de sal y betun, y cuya densidad es tal, que se puede sobrenadar en ellas sin el menor movimiento, y aun permanecer sentado.

Tuvimos que hacer un largo tránsito á través de los arenales y vasta llanura que forman el valle del Jordan, antes de llegar al sitio donde se habian puesto de nuevo nuestras tiendas para la noche. Este campamento tambien estaba admirablemente situado. A pocos pasos corria la fuente de Eliseo, cuyas aguas continuán saludables desde el milagro obrado por el profeta á ruego de los habitantes de Jericó; detrás se alzaban los severos y amenazadores peñascos de la montaña de la Cuaresma, cuyo recuerdo nos suscitaba el Evangelio de aquel dia. Algunos de entre nosotros, á pesar de las fatigas de la jornada y de las dificultades del camino, subieron aquella misma noche hasta la gruta donde Nuestro Señor Jesucristo se retiró para ayunar cuarenta dias y cuarenta noches. Al dia siguiente, domingo, nos trasladamos al Jordan; la misa se celebró debajo de uno de los sauces que cobijan las orillas del rio. Todos quisieron bañarse en él, en memoria de su bautismo y del de nuestro Salvador. La noche se pasó tambien en nuestro campamento de Jericó, y el lunes 19 de setiembre volvimos á Jerusalem. Ya no teniamos que pasar en ella sino algunos dias, y nos apresuramos á ver de nuevo los lugares ya visitados. Recorríamoslos con nueva delicia, y cuanto mas se acercaba la hora de abandonarlos, mas afecto sentiamos hácia ellos.

Desde nuestra llegada habíamos contraido nuevas afecciones. La bondad pa-

ternal le habian ganado todos nuestros corazones. Teniamos amigos en los cofrades de San Vicente de Paul, que tan bien nos acogieron. Entre los PP. de Tierra-Santa los habia que, no solo nos habian inspirado respeto y veneracion á sus virtudes, sino cuya alma tambien habia hablado á la nuestra en algunas de esas conversaciones donde se forman lazos que unen para siempre. Seria yo un ingrato si no dijera, en nombre de todos mis compañeros, que, entre aquellos adioses que tanta pena nos causaban, el que hubimos de dar á la superiora y religiosas del convento de San José nos llenó de la mas viva emocion. Por su atencion y sus cuidados de todos los dias, habian sido para nosotros una segunda Providencia. Nosotros las habíamos visto ocupadas en su escuela, en su pequeño hospital, y no podíamos admirar bastante su celo. Las dejábamos rodeadas de trabajos superiores á las fuerzas humanas, y de innumerables dificultades. La gratitud nos asociaba á sus inquietudes y á sus penas. Todas estas separaciones, con las que, sin embargo, debiéramos contar, causaban en nosotros impresiones desgarradoras.

Nuestra marcha se retardó un poco por los embarazos que nos causó el Bajá requisando algunos de nuestros criados y casi todas sus bestias de carga, á fin de trasportar á Jaffa los equipajes de la guarnicion, que dejaba á Jerusalem para ir á Constantinopla, y de allí á Batoum. Vimos marchar á aquellos pobres soldados, y algunos de nosotros creyeron notar entusiasmo; pero es necesario que la alegría tenga espresiones bien diferentes, porque yo no ví en la de los turcos las señales en que se reconoce la nuestra.

»El 23 de setiembre salimos de Jerusalem para no volver. Tomamos la direccion de Nazareth. Algunos de los que salieron á encontrarnos cuando llegamos, quisieron acompañarnos tambien al mar-

char. No nos separamos hasta el momento en que la ciudad santa iba á ocultarse detrás de nosotros para siempre. Apretamos la mano de nuestros amigos; algunos ojos se humedecieron nuevamente, volviéndose hácia el Santo Sepulcro para darle el último adios: despues marchamos.

Nuestra primera jornada era á Leban. El camino que conduce á esta aldea nos presentó un aspecto menos árido que cuanto habíamos visto hasta entonces. Divisamos al paso hermosos plantíos de higueras y viñas. Naplusa (1) no estaba mas que á media jornada de Leban, y llegamos al día siguiente antes de medio día, despues de habernos detenido algunos momentos en el pozo de la Samaritana: no teníamos nadie que nos levantase la piedra que le tapa, y nos costó bastante trabajo hacerlo. El resto del día se pasó en Naplusa: avisos, que tal vez nos asustaron sin motivo, nos movieron á modificar nuestro itinerario. Por la noche salimos para Nazareth. La falta de agua en todos los puntos donde contábamos hallarla, nos obligó á una marcha forzada, y la jornada que hubimos de hacer, durando no menos de quince horas, hizo que este día fuese el mas penoso de nuestro viaje. Tuvimos que atravesar en la fuerza del calor la inmensa llanura de Esdremon. Un corto descanso, durante el cual asistimos á la misa del domingo, celebrada debajo de una higuera en el jardín de un musulman de Djenin, no fué suficiente para recuperar nuestras fuerzas que nos hubieran hecho traicion, si la Providencia, que velaba por nosotros, no nos hubiese proporcionado una fresca brisa, permitiéndonos atravesar la llanura con menos incomodidad de la que habíamos temido. Al acercarnos á las montañas se renovó el calor, y apresuramos la marcha. Uno de nuestros cazadores, al pasar

cerca del monte Hermon, mató un águila soberbia. Este pequeño incidente bastó para disipar en un instante la fatiga de algunos. Atravesada la llanura, no hay hasta Nazareth mas que una hora ú hora y media de camino: llegamos antes de acabarse el día. Los PP. de Tierra-Santa tienen allí, separado de su convento, un pequeño hospicio, donde reciben á los peregrinos. Allí, como en los demás conventos, hallamos preparadas nuestras celdas de antemano. Aquella larga jornada nos costó la vida de dos caballos. Sin embargo, cuando llegó la mañana, el estado sanitario de nuestra compañía era satisfactorio. Pudimos ver todos juntos la iglesia que ha reemplazado á la casa de la Virgen, trasladada por los ángeles á Loreto, la gruta de la Anunciacion, la *Mensa Christi* y el taller de San José. Visitamos á las autoridades de la poblacion, que nos recibieron de la manera mas atenta. El cadí nos ofreció su proteccion, que algunos días despues fué muy útil para algunos de nosotros. Pero al concluir el día, uno de nuestros compañeros fué acometido de una violenta fiebre, la cual tomó un carácter que nos dió sérias inquietudes. Hubo quien pensó si tendríamos el dolor de ver cumplirse una especie de prediccion que nos habia hecho una de las religiosas de San José, en Jerusalem. Hablándola de las fatigas y peligros del viaje: «No deberiais desanimaros, dijo, si alguno de vosotros se fuese al cielo, en vez de volver á Francia con sus compañeros: los peregrinos necesitan un protector en el cielo.» Aquel á quien acometió la fiebre parecia bien escogido para tal puesto; pero Dios solo quiso proporcionarnos una prueba: el enfermo sanó al cabo de algunos días. Los PP. de Tierra-Santa y un amigo que permaneció á su lado le prodigaron sus cuidados durante todo el tiempo que el restó de la caravana empleó en visitar

(1) La antigua Samaria.

el Thabor, Tiberiades, Cafarnaum, Caná y algunos otros puntos mas próximos á Nazareth. El Thabor es la montaña mas bella de la Palestina. Desde su cima, que forma un llano bastante ancho, se goza de una vista muy hermosa y estensa. La Transfiguracion debio tomar allí, á los ojos de los Apóstoles, un carácter sublime; lo misino que San Pedro, hubiéramos querido nosotros poner allí tiendas. Oimos misa en aquel sitio, y bajando de la montaña, nos dirigimos hácia el lago de Tiberiades, que parecia estar muy cercano; sin embargo, la distancia que hubimos de recorrer fué larga. Nuestro campamento estaba preparado casi á la misma orilla del agua, que es de una limpidez admirable, y nos proporcionó un baño delicioso. En la tienda recibimos la visita de los rabinos de Tiberiades, poblacion habitada casi esclusivamente por judíos. Al dia siguiente de nuestra llegada, algunos de los compañeros hicieron una excursion en lancha á Cafarnaum, y los demás marcharon á medio dia para volver á Nazareth, pasando por Caná. No debiamos reunirnos hasta el magnífico monasterio del Carmelo. Este era el término de nuestra peregrinacion.

El domingo 2 de octubre, dia de los Santos Angeles, asistimos juntos á la misa, y despues se cantó el *Te-Deum*, para dar gracias á Dios por la visible proteccion que no habia cesado de dispensarnos durante el viaje. Entonces comenzaron entre nosotros las despedidas; pero la tristeza se mitigaba con la esperanza de volvernos á encontrar en Francia. Algunos aguardaron en el convento del Carmelo el vapor que debia conducirlos de Caiffa á Marsella, los demás se dispersaron en pequeños grupos por la Siria. Hoy dia, dos de nuestros compañeros recorren las soledades del Alto Egipto, otros tres residen en Roma, y treinta y cinco han vuelto á Francia.

Nuestra peregrinacion, pues, se ha verificado con un éxito que apenas podia esperarse. Si hemos tenido que sufrir algunas fatigas, la Providencia nos ha permitido dominarlas, y parece que Dios ha querido, bendiciendo este primer viaje, animarnos á preparar otros nuevos. Tal vez quiere llamar el Occidente, para devolver al Oriente algunas de sus luces que los cruzados trajeran en otro tiempo. No me es dado prever, señores, cuál será el porvenir de los Santos-Lugares enmedio de los sucesos que se van á realizar; pero cuando pienso en esta guerra que empieza, y considero con qué inquietud están fijadas en Oriente todas las miradas, atendiendo á lo que allí va á pasar, me parece, segun la espresion de Bossuet, que Dios se prepara á dar uno de esos grandes golpes cuyo rechazo alcanza tan lejos. Hace mucho tiempo que el peso de la maldicion gravita sobre una tierra favorecida del cielo en otro tiempo; acaso se puede esperar que el dia de la misericordia vaya, por fin, á aparecer. Nosotros la pediremos para los pobres cristianos de Palestina, y para los que, á su lado, reposan en las sombras de la muerte. Sobre todo, nosotros, peregrinos en la Tierra-Santa, nosotros unidos á ella por recuerdos que no se extinguirán, diremos á Dios desde el fondo de nuestro corazon: *Tu exurgens misereberis Sion, quia tempus miserendi ejus, quia venit tempus.*—H. BETTENCOURT, secretario de la sociedad de peregrinaciones, caballero del Santo Sepulcro.

MADRID.

IMPRENTA DE HIGINIO RENESES,

calle de Valverde, 24.